

historia viva

"El Vulcano" de la gesta sanmartiniana

Por FABIAN SEVILLA

fsevilla@diariouno.net.ar

El bronce posiblemente no sea el destino más adecuado para los próceres. Sin embargo, es el mejor modo de perpetuar a Fray Luis Beltrán (1784-1827).

Creativo y puntilloso, con cargo militar pero sin abandonar el sayal de franciscano, se encargó de la dirección técnica del Ejército de los Andes y de convertir cuanto objeto de bronce había en la Mendoza de 1815 en la artillería de la gesta libertadora. Fue, así, uno de los tantos hombres clave que contribuyeron al éxito de la empresa del general José de San Martín, que comenzó a concretarse en enero de 1817.

De armas hacer

Marcelo Luis Beltrán era sanjuanino, se crió en Mendoza –donde ingresó a la orden franciscana en 1800– y luego pasó a Chile a seguir sus estudios religiosos. Ahí se inició en la maestría del ejército, del que también fue capellán. Tras el fallido levantamiento patrio de Rancagua (1814), volvió a esta provincia junto a otros mendocinos y expatriados chilenos: la leyenda dice que lo hizo a pie llevando a cuestas sus herramientas.

Aquí se asiló en el convento de San Francisco, adonde en 1815 fue a buscarlo San Martín para que asistiera espiritualmente a su naciente fuerza. Pero también para que,



Un basorrelieve del monumento del Cerro de la Gloria muestra a Beltrán en acción.

como teniente de artillería, se encargara de la fragua de armas, proyectiles, herraduras y todo el metal que pudiera proveer a su ejército.

A cargo de la Maestría y Laboratorio

del Estado de Mendoza y por un sueldo de 25 pesos mensuales, montó y manejó una verdadera industria militar que se ubicó entre las actuales calles Corrientes, Ituzaingó, Montecaseros y Córdoba, e incluyó fundi-

Fray Luis Beltrán fue clave para que en enero de 1817 el Ejército Libertador se lanzara a cruzar los Andes

ción, montaje, carpintería, pinturería, útiles de guerra y cohería.

En cada rincón

Para cumplir con su encargo, Beltrán recurrió a sus conocimientos científicos de autodidacta: se convirtió en artillero, pirotécnico, herrero, armero, ebanista, relojero, fundidor, arquitecto, cordonero... En sus *Recuerdos Históricos*, Damián Hudson rememoró: "Se multiplicaba por decirlo así, de día y de noche, infatigable siempre, dirigiendo, ejecutando los trabajos múltiples de aquel vasto obrador de pertrechos de guerra". El mismo cronista aseguró que su rostro y sus manos solían estar ennegrecidas del carbón, de la pólvora y del humo de esa atmósfera.

Fue Bartolomé Mitre quien lo apodó *El Vulcano del Ejército*, pero otros lo llamaban *El Ronco*, ya que para dirigir a sus 700 herreros debió gritar por sobre el golpeteo de los yunques, con lo que su voz se quebró para siempre. También lo llamaban *El Loco*, ya que para obtener material para la fragua utilizó hierro de los objetos que, por orden

Algo más

- Para seguir descubriendo a Fray Luis Beltrán, pueden verse en la biblioteca General San Martín estos textos:
- *Historia de San Martín y la emancipación sudamericana*, de Bartolomé Mitre.
- *Abnegación y sacrificio de Fray Luis Beltrán*, de Fued C. Nellar.
- *Fray Luis Beltrán, prócer argentino*, de Fray Luis Córdoba.

del Cabildo local, debieron donar los vecinos (desde candelabros a ollas), así como de las campanas de las iglesias. Esta última faena lo obsesionaba en la búsqueda de un mecanismo para hacer el trabajo en forma segura y efectiva por lo que era común verlo subido a extraños aparejos. Por ejemplo, de las 7 campanas que había en la iglesia de San Francisco, sólo quedó la más pequeña para llamar a misa.

Cuidando el bolsillo

Con ese bronce y hierro, el fraile y sus

La pasión por el fuego

Según un testimonio que Bartolomé Mitre y Vedia, hijo del primer biógrafo del general San Martín, recabó en 1883, Fray Luis Beltrán dio muestras de sus rasgos de piromaníaco cuando a modo de despedida del Ejército desplegó una salva de fuegos artificiales "como no se habían visto ni parecidos hasta entonces en Mendoza".

El cronista anotó también que la plaza principal (hoy, Pedro del Castillo) se iluminó como de día y que con letras de fuego y a colores se pudo leer: "Viva el General San Martín". Como remate, Beltrán lanzó un gran globo inflado con calor, el primero visto por estos lados.

El fraile cruzó los Andes junto a las tropas que ayudó a ensamblar y armar, y una vez repuesto Bernardo O'Higgins en Santiago de Chile, siguió con su rol de armamentista: transformó un convento en una fábrica militar que, tras la derrota de Cancha Rayada, posibilitó el triunfo de Maipú.

hombres fabricaron cañones que llegaban a pesar 700 kilos, cartuchos mixtos para la infantería, de guerra y de fogeo; también monturas completas, mochilas y caramañolas. Para hacer herraduras para los caballos y las mulas, Beltrán buscó asesoramiento de sus herreros y arrieros. En menos de 2 meses se forjaron 30 mil piezas, trabajando día y noche, en cooperación con la fábrica de armas de Buenos Aires.

También debió trabajar codo a codo con el ingeniero tucumano José Antonio Alvarez Condarco, para plantear el laboratorio y la fábrica de pólvora. Recurriendo al salitre que producía la tierra mendocina y a la fuerza motriz del agua, lograron producir pólvora de excelente calidad en cantidad suficiente a un costo mínimo para el erario.

Los biógrafos destacan lo meticuloso y prolijo que era el religioso a la hora de manejar la cosa pública. Por caso, Mitre apuntó que "llevaba cuenta hasta del último tornillo que entraba o salía de los almacenes".

Una vez hizo seguir un expediente por la falta de tres fusiles re-compuestos y, cuando un oficial tardó en devolverle una pistola que había dado en préstamo para un viaje a Buenos Aires, prácticamente lo acosó hasta recuperarla.

Luego, siguió a San Martín hasta Perú, donde continuó fundiendo cañones; pero el retiro del general, en 1823, lo enfrentó a la omisión de Simón Bolívar, lo que lo puso al borde del suicidio. De regreso al país, sirvió a las órdenes del gobernador de Buenos Aires Martín Rodríguez, y junto al general José Espejo actuó en la línea del Uruguay. Se retiró tras la batalla de Ituzainzgo, en febrero del '27, y murió en Buenos Aires el 8 de diciembre de ese mismo año.

Hoy, un distrito de Maipú lleva su nombre, y un altorrelieve en bronce del monumento al Ejército de los Andes del Cerro de la Gloria recrea la Maestranza y lo muestra en acción. En 1916 se erigió una estatua en la Alameda, en la cual se lo perpetúa junto a cañones, sables y un yunque de taller. En 1934, la Provincia intentó que los restos del fraile fueran traídos a Mendoza, pero nunca pudieron determinarse su ubicación exacta.

Alas para los cañones

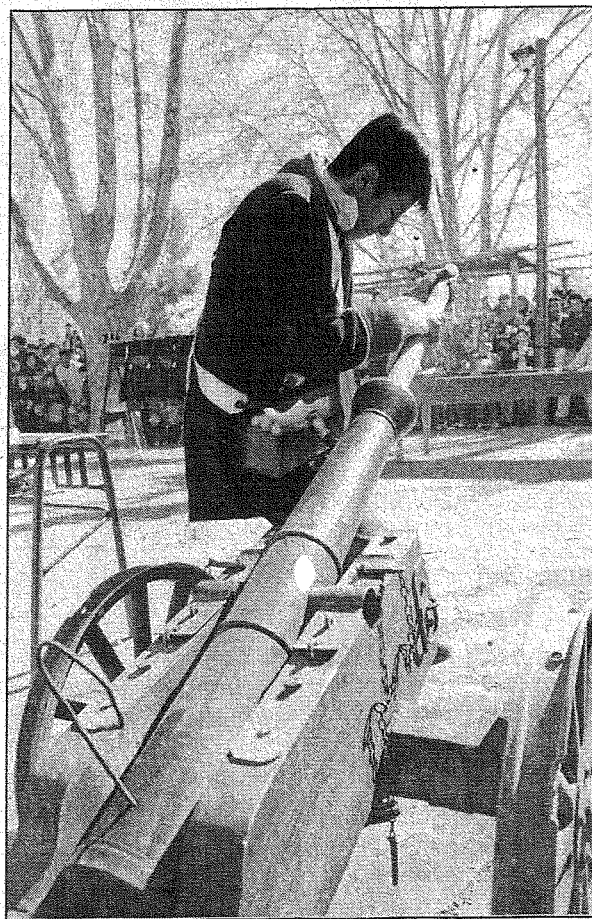
"Este hombre es, evidentemente, un genio. Con que haga y realice la mitad de lo que tiene en proyecto, habremos resuelto el problema más difícil de esta campaña", sostuvo una vez el general San Martín al confirmar que no se había equivocado al confiar en el fray Luis Beltrán. Aunque al *Libertador* no le tembló la mano cuando ordenó la investigación sumaria de un incendio producido el 29 de

agosto de 1816 en la Maestranza. La pólvora acumulada ahí hizo temer que todo el vecindario colindante volara por los aires. Pero el dictamen final confirmó la sospecha de que el siniestro pudo ser un intento de sabotaje, con lo que Beltrán vio limpia su hoja de servicio.

La leyenda dice que San Martín le pidió al cura "alas para sus cañones". "Las tendrán", pudo responderle quien no sólo

hizo surgir un parque de artillería, sino que además debió conducirlo a través de la Cordillera de los Andes. Partió junto a la columna del general Gregorio Las Heras, el 15 de enero de 1817, que marchó por Usallata.

Beltrán iba en la retaguardia con 9 cañones (a los que hay que sumar los carros para sostenerlos), 2 obuses, 600 granadas cargadas, 200 tarros de metralla, 2.700 balas y 4.650 lanzafuegos, entre decenas de herramientas y aparatos necesarios para montar todo eso. Transportarlas por la montaña fue un problema que Beltrán solucionó usando carros angostos (zorras) con cuatro ruedas y tirados por bueyes, para reemplazar los montajes de los cañones, que iban desarmados a lomo de mula.



Parte de la artillería forjada en la Maestranza de Beltrán aún puede verse en el Campo Histórico El Plumerillo.